

METER UN GOL A LA URSS

El debate entre la URSS y Chile a propósito de la eliminatoria preliminar para los Campeonatos del Mundo de Fútbol pasará a la historia del deporte y a la Historia de la Gran Contradicción Fundamental (HGCF). Tras su victoria aniquiladora sobre la Unidad Popular, Chile no se ha contentado con el dragón casero, sino que también la ha emprendido a justazos con el dragón cósmico. La escuadra futbolística chilena salvó a Occidente empatando con la URSS en su propio terreno, y ahora le bastaba una victoria por la mínima en el macabro estadio de Santiago de Chile para que una nueva victoria de Lepanto salvara a Occidente del peligro turco.

Todo estaba preparado para la magna justa. Se habían limpiado las huellas de los fusilamientos y la tortura o las simples huellas de los miles de prisioneros que han purgado en el estadio el crimen de practicar la libertad de pensamiento, asociación, reunión, expresión. Se pensaba convertir el partido contra la URSS en una prueba de reafirmación nacional contra los padrinos más importantes del marxismo cósmico.

Hace algunas semanas, Televisión Española ofreció el primer reportaje directo de Chile desde el golpe del 11 de septiembre. Era una entrevista al presidente de la Federación Chilena de Fútbol, sentado en las gradas del estadio. Mientras el material que ha traído el equipo de Datos para un informe sobre la represión que siguió al «putsch» siguió almacenado en el trastero de TVE, se juzgaba de primera necesidad informativa conocer las opiniones de una autoridad futbolística sobre las negativas soviéticas a jugar en Santiago de Chile. Las cámaras tuvieron que cumplir con su ciego objetivismo y nos ofrecieron unas gradas semivacías, como si a los chilenos se les hubiera retirado el apetito futbolístico o como si los chilenos fueran incapaces de sentir la solidaridad de «público» entre las piedras de un estadio en el que aún sonaban los ecos de la brutalidad, el desprecio, la impotencia, las

descargas, los golpes, las lágrimas.

Después, todo el mundo asistió al tira y afloja de la URSS para evidenciar su repugnancia de jugar el partido de vuelta en un estadio-campo de concentración. La actitud de la URSS no aparecía clara, porque se había prestado a jugar el partido de ida ya consumada la evidencia del Yakarta chileno. Su resistencia a jugar en Santiago de Chile el partido de vuelta podía atribuirse realmente al miedo de ser eliminada, dado el precario resultado obtenido en el partido de ida.

Puede presumirse la verdad de esta motivación. Pero no impide asumir el sentimiento de repugnancia mundial ante ese estadio chileno y ante la orquestación épica que las autoridades deportivas chilenas habían preparado para el enfrentamiento con la selección soviética. Hasta los estómagos que mejor habían digerido, incluso con verdadero apetito, el «putsch», experimentaron algún retortijón ante el espectáculo de miles de prisioneros bruscamente desalojados del estadio, repartidos por la geografía represiva de Chile con el fin de devolver al estadio su función original.

La URSS basó su estrategia en un doble juego. Por una parte, negarse a jugar el partido en Chile, con el argumento de que se había creado un clima extradeportivo en torno al choque. La negativa de la Federación Chilena para jugar el partido en otro país fue secundada por la FIFA. A continuación la URSS realizó un doble movimiento táctico: viajar a Latinoamérica donde ya tenía apalabrada una serie de partidos y persistir en su negativa inicial de jugar en Chile. A medida que se acercaba el día señalado para el encuentro empezó a prosperar la fórmula de que el partido pudiera jugarse en Chile, pero no dentro del Estadio Nacional. Hay pruebas de que esta solución fue incluso defendida por altos ejecutivos de la FIFA, y que sólo el paso decisivo de la actitud de sir Stanley Rouss, el presidente, forzó a descartarla. El peso decisivo del presidente y la actitud encastillada de las autoridades deportivas chilenas.

Se especuló con la posibilidad de jugar el partido hasta horas antes del segundo señalado para levantar el telón. La selección chilena se concentró, los promotores trajeron del Brasil al Santos para que en caso de fallar la URSS el

público no se quedara sin espectáculo deportivo. El buen entendimiento que últimamente une al Chile de Pinochet con Brasil, Uruguay y Bolivia repercute en prestaciones tan positivas como el concurso del Santos de Pelé para compensar las deserciones del dragón soviético.

Llegó el día D e incluso la hora H. La selección chilena saltó al césped y las cámaras enfocaron las gradas del estadio. Una auténtica desolación. La inapetencia de los chilenos era evidente, casi escandalosa. La selección nacional esperó en vano la presencia soviética. En ausencia del antagonista se formó el equipo, y la delantera chilena avanzó real y simbólicamente a la vez para marcar un gol en la vacía portería del marxismo internacional.

Vencida la URSS «por poderes», comenzaron las elucubraciones sobre cuál iba a ser la actitud de los restantes países socialistas ante la clasificación de Chile para la final del Mundial. No ha cuajado el propósito, si es que lo hubo, de un abandono colectivo. Los chilenos podrán viajar, pues, relativamente tranquilos a Múnich, y la FIFA podrá asumir, también relativamente tranquila, el gol marcado a la URSS en ausencia.

La actitud soviética no acaba de entenderse. Cuando jugaron el partido de ida ya sabían que deberían jugar un partido de vuelta, y dentro de un plazo de tiempo que hacía presumir que la represión chilena siguiera en pleno esplendor. La Unión Soviética confió en vencer holgadamente en su propio terreno y eliminar a Chile en el balance final, con el consabido descalabro publicitario del régimen de Pinochet. Pero al no salir bien el primer lance, quiso replantear totalmente el segundo.

Lo que se ha demostrado una vez más es que el deporte no es inocente. Sus catedrales sirven para practicar la represión política, su liturgia se convierte en lenguaje de una pugna política cósmica, sus resultados son símbolos de victoria o derrota que exceden la dimensión estrictamente deportiva. ■ LUIS DAVILA.

El Estadio Nacional de Santiago de Chile, poco después del golpe de Estado del 11 de septiembre.

